

UNA MIRADA DIFERENTE: LA SALAMANCA ANTIRROMÁNTICA EN *PENÍNSULA PENTAGONAL* DE MARIO PRAZ

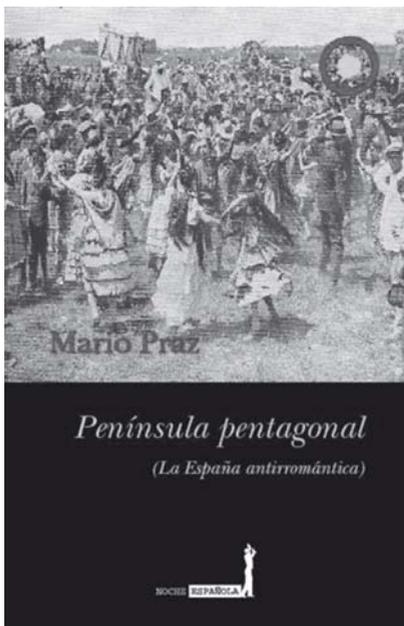
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Mario Praz es un conocido crítico literario y de arte italiano. También un viajero que llega a Salamanca en 1926, ciudad de la que nos dejará sus impresiones en una obra polémica titulada *Península pentagonal: La España antirromántica*. No es ésta la Salamanca que nos esperamos encontrar, la que estamos acostumbrados a leer. Aquí no aparece ninguna de las ideas convencionales. Mario Praz nos ve desde la distancia, nos desacraliza, nos libera de los tópicos, de lo pintoresco; emerge de esta manera también una Salamanca diferente.

ABSTRACT: Mario Praz was a well-known Italian literary and art critic. He was also a traveller who arrived in Salamanca in 1926, a city he gives his impressions of in the polemical work entitled *Península pentagonal: La España antirromántica*. This is not the Salamanca we expect to find, the one we are accustomed to reading about. None of the conventional ideas appears here. Mario Praz views us from a distance, deconsecrates us, and frees us from commonplaces, from the picturesque. A different Salamanca thus emerges.

PALABRAS CLAVE: Praz, antirromántico, pintoresco, desasacralizar, catedral, universidad, convento de las Agustinas.

* Universidad de Salamanca.



Portada de la novela de Mario Praz
 Península pentagonal
 en la que se describen distintos
 ambientes salmantinos

en su mayoría, habían comenzado ya entonces a forjar una idea de España muy particular, una España diferente. A lo español se le califica de genuino, de primitivo en la acepción más amplia del término, de ancestral. Visitar España es volver en cierta manera en el tiempo, reencontrar lo que se ha perdido en otros países. Es una versión, como dice Mario Praz, ciertamente romántica de España y poco cercana a la realidad que él mismo comprobó en su viaje de 1926.

Cuando Mario Praz llega a España y cuando publica por primera vez su libro en 1928 apenas se le conoce en el panorama literario. Es licenciado en Derecho y también en Letras y desde 1923 se encuentra en Inglaterra donde entra en contacto con el mundo literario inglés y fundamentalmente londinense. Allí trabajará durante varios años como lector de italiano en la Universidad de Liverpool. Su viaje a España se encuadra precisamente en estos años de residencia en Inglaterra y antes de que la publicación de su libro *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* en 1930 le haga famoso, sobre todo en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Son años en los que se dedica al estudio de la literatura inglesa y fundamentalmente del periodo que va desde el siglo XVII a la época victoriana. Sin embargo, sus intereses son mucho más variados: le apasiona la literatura en general y se ocupa tanto de literatura italiana, como de francesa, española, alemana y rusa.

Mario Praz no es un viajero común. Los ojos con los que mira los países que visita no se centran en lo que es más habitual, en lo ya sabido, en lo ya visto. No es un crítico cómodo ni acomodado, no se deja llevar. Desata polémica allá donde va, sobre todo con sus escritos. El libro en el que narra su viaje por España en 1926 no es una excepción en su trayectoria. Su título ya es curioso, distinto, *Península pentagonal*: a la Península Ibérica se la caracteriza con un adjetivo muy lejano de los que estamos acostumbrados a oír, pentagonal, con el que designa su forma, nada más. Y detrás de un título original, un subtítulo cargado de polémica: *La España antirromántica*.

Estamos a mitad de los años veinte y España está de moda, sobre todo en el mundo anglosajón. Americanos e ingleses, aunque también europeos del norte, visitan España. Y lo hacen mayoritariamente con una idea preconcebida, la que han leído en diversas obras que hablan sobre España, sus costumbres, sus gentes, sus monumentos. Estamos todavía muy lejos de las guías turísticas que utilizamos ahora, pero esos libros, literarios

Pese a que fuera de Italia durante los años treinta es apreciado por su original método crítico, Mario Praz no va a gozar de la misma admiración en su propia tierra. Benedetto Croce y con él otros críticos italianos no van a estar de acuerdo con su peculiar manera de enfrentarse a un texto, lo van a atacar y considerar poco científico. Afortunadamente, en la actualidad las cosas han cambiado también en Italia y se consideran sus estudios como pioneros e innovadores. Su libro sobre la literatura romántica se ha convertido en un clásico sobre la estética decadente en la cultura europea.

Por lo que respecta a la recepción de las obras de Mario Praz en España hay que decir que se trata de un autor todavía poco conocido a pesar de que algunos de sus libros, probablemente los más importantes, se han publicado aquí y en español: *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, *La casa de la vida* e *Imágenes del Barroco*. En 2007 se ha editado también la obra que nos ocupa, *España pentagonal*¹, lo que nos resulta por lo menos extraño: un autor ya editado en España, que tiene desde 1928 publicada una obra sobre nosotros, aquí va a ser completamente desconocida durante ochenta años. Además, Mario Praz cuando muere en 1982 había recibido numerosos reconocimientos y títulos, ocupaba desde 1931 la primera cátedra creada en Italia sobre literatura inglesa y era considerado sin reticencias el padre de la anglística en Italia. En 1959 su obra *La casa de la vida* había llegado a ser finalista para el Premio Strega, uno de los premios literarios de más prestigio en Italia, junto a Giuseppe Tomasi di Lampedusa que se llevaría el premio con *El Gatopardo*. Además de por su obra creativa y ensayística en materia literaria, Mario Praz era conocido como crítico de arte, traductor, periodista y como coleccionista de antigüedades, lo que ha llevado en 1995 a convertir su casa en museo de objetos de decoración de gran valor. Un personaje con muchos y variados intereses, entre los que se encuentra también el viaje, real y metafórico. Sin embargo, a los editores españoles no les ha interesado durante lustros el libro que escribió después de visitar distintas partes de España, entre las que se encuentra también Salamanca.

De Salamanca Mario Praz nos habla al principio del libro. El viajero llega a nuestra ciudad en abril de 1926 y, al igual que harán otros muchos viajeros de su época, lo hará en tren. Comienza su viaje a Salamanca en un vagón, junto a dos personajes que se le quedarán grabados y de los que hablará, a la vez que nos cuenta sus impresiones de la ciudad, hasta que dos días después la deje definitivamente. Ya en estas páginas que dedica a Salamanca podemos ver claramente en qué difiere su visión de España de la mayoría de obras que se han escrito sobre viajes a nuestro país:

¿Cuántas veces habré viajado por Italia con actores mezquinos, sin hacerlos dignos de una mirada? Pero en ese tren de Salamanca, con las ventanillas bajas y con el molesto radiador panzudo como un horno, los dos comicastros brilla-

1 PRAZ, Mario. *Península pentagonal (La España antirromántica)*. Córdoba: Almuzara, 2007.

ban ante mis ojos como personajes eternos. Ella se había pintado las mejillas y los labios como si fuera una americana: era joven, habría podido pasar por una *cocotte*. En él se podía apreciar un no sé qué de demasiado abundante en el pelo, de demasiado ajustado en la forma de vestir, de demasiado móvil en la cara, de demasiado reluciente en los zapatos, que revelaba una profesión no viril –quién sabe, bailarín, cantante, actor– o perfumero, también *coiffeur pour dames*, *Monsieur Charles*. Las maletas eran vistosas, pero muy viajadas; como los vestidos que revelaban la elegancia del corte, incluso ahora que ya habían perdido la frescura. No eran amantes; eran marido y mujer; pero, a veces, parecían amantes. Tenían en su aspecto algo en común, como los pajaritos llamados inseparables.

Los desgarrados viajantes los miraban con descarada curiosidad. A ella la desnudaban con los ojos. Pero ella no daba la sensación de que se sintiera adulada: parecía como si sólo tuviera ojos para él.

No entendí lo que se decían en el *coche* del hotel que, por las oscuras calles, nos llevaba a trompicones. Ella parecía ansiosa, él preocupado. A la luz más viva de una farola, vi los ojos de ella –ojos de niña asustada– fijos en el vacío, alejada de todo ese bistro a su alrededor. Poco antes de llegar, en la penumbra, se pintó un poco los labios, se empolvó la nariz. Él se colocó bien la corbata y el pañuelo de color del bolsillo. En la dirección del hotel me reí por mis suposiciones lacrimógenas. Sonreía ella con su mejor sonrisa al propietario socarrón, aplaudía como una niña al oír el número de la habitación: *Seize: El mismo que la otra vez, ¡Claudio!* ¿Qué hora de felicidad prometía renovar ese número? Conocían bien a todo el personal del hotel: por eso repartían esas sonrisas. Pero la mirada escénica de mujer fatal que le lanzó, en el comedor, al joven camarero azorado y ruborizado, ¿no iba más allá de los límites de la decencia? Que no, que lo hacía sólo para que la trataran mejor, *claro*: ¡era lista la mujercita! Y aquí está el rudo *muchacho*, encandilado por esa mirada caída desde un mundo que para él significaba toda la poesía de la tierra, que lleva amablemente en el plato de la mujercita fatal el estofado y los guisantes –y las manos le temblaban ligeramente y en la raíz del pelo le latía la piel de la frente² (p. 17).

Son estos dos personajes, de los que el autor apenas sabe nada, pero de los que imagina todo y de los que prueba a reconstruir partes de sus vidas, los que le llaman la atención y los que le sirven, en cierto modo, de filtro por el que acercarse a nuestra ciudad.

Cuando llega a Salamanca es ya de noche, el paseo comenzará al día siguiente. Mario Praz camina por sus calles como “secuestrado en un clima sobrehumano”, como “por palacios durmientes”, se acerca a sus monumentos más preciados, los contempla y nos deja sus impresiones:

2 Las citas que aparecen en este trabajo se han tomado de la siguiente edición: PRAZ, Mario. *Penisola pentagonale*, Firenze: Sansoni. 1928. La traducción es de Milagro Martín Clavijo.

El día después, los había casi olvidado: ese cielo primaveral, todo nubecillas de plata y tersas islas de color celeste entrevistas que resaltaban aún más el tono fulvo y amarillo-rojizo de los edificios, me había secuestrado en un clima sobrehumano, donde sólo las piedras eternas y los vastos espacios tenían vida. Como si de palacios durmientes se tratara, entraba en las cortes melladas por los arcos: Casa de las Conchas, Casa de la Salina, Colegio de los Irlandeses, Convento de las Dueñas con ciertos capiteles parecidos a los de Persépolis, en los dos torsos de animales arrodillados dorso contra dorso... no veía nada más que las piedras del color de la rica miel, contra el cielo plateado de abril (pp. 17-18).

Cuando leemos sus impresiones sobre la ciudad, nos da la sensación de que el autor no sólo se encuentra ante una ciudad física, real, presente, la Salamanca tal y como era en 1926, sino también ante una ciudad irreal, incorpórea, soñada, imaginada y, fundamentalmente, leída. De hecho, Mario Praz emprende su viaje con varios libros bajo el brazo, obras que son también fruto de viajes anteriores de otros hombres de literatura, intelectuales italianos y no: son los viajes de Merimée, Borrow, Gautier, Barrès, De Amicis y de otros muchos que han dejado por escrito una imagen muy peculiar de España que será tomada por muchos como “la España real”, la única imagen posible para el que se acerca a España. Como afirma L. Clerici en *La literatura de viaje*,

el libro se configura como un abstracto metaviaje no tanto en España, sino en los escenarios de las competencias del viajero: parte de índole ensayística y crítico-interpretativa se alternan a amplios episodios narrativos irónicos y humorísticos. Así los personajes parecen más retratos de estilos intelectuales y comportamientos culturales y los verdaderos compañeros de viaje son los autores de los textos españoles a los que Praz se refiere constantemente³.

A Mario Praz no le interesan sólo los monumentos. Como vemos, en su corta estancia en Salamanca, un día y medio, no le da tiempo para ver con detalle todos los palacios, las iglesias, las catedrales, los monumentos de las distintas épocas que se encuentran descritos con gran detalle en tantas otras obras. Entrará en la catedral y nos hablará de ella, no nos la va a describir, no nos dirá lo que ve, lo que ha estado siempre allí; su obra no es un tratado de arte, a pesar de que él sí es también un crítico de arte y estaría en grado de hacer una interesante descripción del panorama artístico de la ciudad. Salamanca será, también para él, la ciudad con las “piedras del color de la rica miel, contra el cielo plateado”, pero de sus palabras emerge otra Salamanca bien distinta, una ciudad en la que no hay vida,

3 *Manuale di letteratura italiana. Storia per generi e problema, Dall'Unità d'Italia alla fine del Novecento*, vol. IV. A cura di Franco Brioschi e Costanzo di Girolamo. Torino: Bollati Boringhieri, 1996, p. 790.

salvo la de esas piedras. De la catedral destacará que está desierta, abandonada de toda vida humana:

En la Catedral desierta, la procesión de canónigos de larga cola, arrodillados ante el solemne decano que agitaba la bandera negra con la Cruz roja, continuamente de un lado a otro, como hacen los portaestandartes en el Palio de Siena; y también en la Catedral, con el aura de palacio real abandonado, de culto sin fieles, como en la Universidad donde el terciopelo carmesí de las cátedras se destiñe y se deshilacha bajo el polvo de la edad bárbara (p. 18).

En la ciudad no encuentra calor humano alguno, ni siquiera en las gentes: “De los hombres, veía sólo a los que llevan los trajes tradicionales de terciopelo verde botella, con polainas de eclesiástico y corbata roja y el sombrero sujeto con una cuerda detrás de la nuca y botas claveteadas de becerrillo (p. 18).

No es ésta la Salamanca que nos esperamos encontrar, de la que estamos acostumbrados a leer. Aquí no aparece ninguna de las ideas convencionales. La imagen de Praz es muy diferente, incluso nos puede resultar ciertamente hasta cruel, fruto de un viajero que nos ve con los ojos desencantados sí, pero también capaces de ver más allá de la superficie. Mario Praz nos ve desde la distancia, nos desacraliza, nos libera de los tópicos, de lo pintoresco. Un libro que fue escrito “con el propósito de desenmascarar la leyenda del pintoresquismo español, aparece hoy como un libro pintoresco, repleto de esos contrastes y de esos efectos que normalmente se asocian a la idea de lo pintoresco”, declara el propio autor cuando lo reedita años más tarde, en 1955⁴.

Salamanca, también ella parte de este país sórdido y sobre todo monótono. Porque para Praz la monotonía es lo que mejor define lo español, tanto la vida española –costumbres, espectáculos, etc–, como su arte –incluso los edificios más preciados como la Alhambra– y su pueblo –el autor considera al español como “gente positiva y practican la civilizada virtud de la pereza y la superficialidad”.

Es precisamente esta capacidad de ‘ver lo otro’ lo que resalta el genial poeta italiano Eugenio Montale en la reseña crítica que de esta obra hizo en 1928 para la revista *Solaria*. Mario Praz ve más allá de lo que está a la vista de todos, tanto en los monumentos como en los grandes autores que en Salamanca escribieron y que se han convertido en símbolo de nuestra ciudad. De esta manera, cuando Mario Praz visita la Universidad y las famosas aulas, no se queda en lo que tiene delante, sino que su comentario lo proyecta más allá:

Aquí hablaba Luis de León, aquí, incluso ayer mismo, hablaba Miguel de Unamuno. ¿Transmiten su mensaje los caracteres grabados en los bancos? No: los estudiantes de Luis de León, como los estudiantes de Unamuno, sólo han grabado sus propios nombres y los típicos garabatos estúpidos u obscenos. ¿Para quién

⁴ Advertencia del autor, en PRAZ, Mario. *Península pentagonal (La España antirromántica)*. Traducción de Manuel Vicente Rodríguez Alonso. Córdoba: Almuzara, 2007, p. 25.

agitaba el sacerdote su bandera? ¿A quién había dirigido sus palabras el profesor del siglo XVI o del siglo XX? (p. 18).

La impresión que de Salamanca le deja esa primera visita en el abril de 1926 no es la mejor:

Todo era abandono, olvido, muerte: sólo las piedras y el cielo, las unas siempre inmóviles y firmes, el cielo siempre nuevo. Pero por la noche, dando una vuelta por las solitarias subidas y bajadas de la ciudad decrepita, al girar una esquina (¿fue cerca del seminario conciliar?), mi atención se posó en dos figuras que se movían en la penumbra. Caminaban separados, ella cerca de la pared, rápida, inflexible, muda; él en medio de la calle, desarrollando un largo argumento persuasivo. Un aspecto familiar me revelaban las dos silhouettes: la voz de ella, alterada por la exasperación, no me resultaba nueva. ¡Me voy a Francia! –repetían las palabras de ella que al final pude distinguir. Eran ellos, los dos comicastros –. ¡Me voy a Francia! –no había manera de sacarle otras palabras a la caprichosa mujer que rápida se arrimaba a la pared, arrastrada por la violencia de una decisión definitiva.

Por la mañana, durante el desayuno, los busqué con los ojos en su sitio. Pero no estaban. Volví a darme una vuelta por Salamanca. (pp. 18-19).

Una ciudad que el autor calificará de “decrepita”, de “palacio real abandonado” y que, aunque al día siguiente la vea con ojos diferentes, no podrá por menos que comentar: “¿Qué significaban las edades de la fe y de la ciencia abolidas? ¿Qué importancia tenían las banderas agitadas en vano y el revestimiento raído de las cátedras y los muros impasibles y el cielo lejano? Había dos almas en pena en esa ciudad, dos almas minúsculas: lo habían invadido todo: Salamanca revivía en su drama” (p. 19). Praz se refiere, de nuevo, a estos dos personajes, probablemente actores, con los que se encontró en el tren cuando se dirigía a Salamanca y que continúan afectando su visión de la ciudad.

Su acercamiento a nuestra ciudad que, como hemos señalado, se encuentra mediado por los libros que ha leído, se hace patente en su visita a las Agustinas:



El célebre crítico literario Mario Praz autor de Península pentagonal, novela de viajes por tierras españolas en la que tiene un protagonismo la ciudad de Salamanca

En el Convento de las Agustinas descalzas se admira una Inmaculada de Ribera que Baedeker llama *composition remarquable par l'éclat du coloris et la beauté de la figure de la Vierge*. No me acuerdo bien del colorido y de la belleza del cuadro, pero recuerdo la figura arrodillada frente al altar. Se volvió cuando pasé junto a ella. Por un momento, volví a ver las mejillas y los labios pintados y esos ojos de niña asustada, alejados de todo ese bistro a su alrededor: pero esta vez ya no era solamente bistro. El llanto y el insomnio habían sido maestros de maquillaje mucho más radicales. Fue la última visión que tuve de ella. Con el tren de mediodía dejé Salamanca (pp. 19-20).

De nuevo, la visión de una obra de arte indiscutible se va a nublar por otra visión, la de una joven, de nuevo la actriz con la que iba en el mismo vagón del tren que le trajo a Salamanca, arrodillada en la iglesia. Ésta será la imagen que le quede grabada en la mente, la que deje para la posteridad y la que le lleve a una reflexión final sobre el significado del viaje en términos generales: “¿Cómo es romántica la fantasía del viajero! A lo mejor, si los dos comicastro me hubieran contado por extenso su historia, me habría aburrido hasta más no poder: con toda seguridad se trataría de una nueva y muy antigua historia de banales miserias y de sórdidos errores. Probablemente, si hubiera podido oír más palabras y no sólo la única y dramática explosión ¡Me voy a Francia!, habría llegado al fondo de un monótono prosaísmo; a lo mejor, después de todo, no eran ni siquiera dos artistas, a lo mejor el argumento de la discusión era el rechazo de un vestido o de una baratija y la oración era para conseguir ganar la lotería de la semana.

Este tipo de pintoresco lo encontrará en abundancia el viajero que observe la vida española desde fuera. El que conozca poco a los españoles, considerará más singulares sus modos, interesantes sus caras, misteriosas sus acciones. Los hombres son mucho más difíciles de penetrar que los paisajes y los edificios; y el carácter español ideal que el viajero tiene en mente se mantendrá como estaba si toma la precaución de no aprender la lengua y de dar rienda suelta a la fantasía. Sin embargo, los edificios y los paisajes y todo lo que es obra humana escrita, esculpida, pintada habla un lenguaje universal y el viajero que parte con la mente amueblada con escenas ideales se cansará si quiere encontrarlas en la realidad. No puede evitar tener los ojos abiertos y, si los ojos están preparados para recibir una rápida sucesión de impresiones románticas y para gozar de ese continuo relampagueo de efectos que es la esencia misma de lo pintoresco, entonces sería mejor que leyera su Gautier entre las cuatro paredes de su casa, en vez de viajar a la tierra de sus sueños. Si existe en Europa un país donde se encuentre menos presente ese requisito capital de lo pintoresco, la rápida sucesión de variados efectos, ese país es España (pp. 20-21).